

GALERIA BIOGRAFICA ARGENTINA

POR

A. J. C. y M. A. P.

ILUSTRADA

POR CHRISTIANO JUNIOR

(EDITOR)

GALERIAS QUE CONTIENE

Juan Martin Pueyrredón

Juan Felipe Ibarra

Rudecindo Alvarado

José Marmol

Vicente Lopez y Planes

Buenos Aires

JUAN MARTIN PUEYRREDON



Aquí el bravo Pueyrredon
lleno de valor se arresta,
y sin temor de la muerte
embiste, corre, atropella,
y un carro de municiones
hace generosa presa :
mátanle el brioso caballo,
pero con gran lijereza
en ancas de otro montando,
sin daño escapa, ni ofensa.

RIVAROLA.

AL HISTORIADOR ARGENTINO B. MITRE.

Cuando el biógrafo exhuma de su lecho de polvo los hombres del pasado, y hace surgir de la nada en que yácen sus contornos morales, evocados por el sentimiento de la justicia reparadora, cumple una misión augusta.

Hoy venimos á levantar la losa donde sobre las cenizas de un campeón ilustre de la independencia, se agruparon sin concierto los elogios y el vituperio ; y á combatir la indiferencia que tan fácilmente se apodera del ánimo, preparando el naufragio de los recuerdos en el torbellino de la vida.

Poco queda ya en la memoria del pueblo de los viejos patriotas del año diez. Pronto las nuevas generaciones desviadas de su origen por la mezcla de razas distintas en su desarrollo, dejarán de tener veneración

por seres que nada dicen á sus recuerdos, ni se anudan en la tradicion lejtendaria de sus abuelos.

*
* *

El nombre de Pueyrredon está asociado á los hechos mas distinguidos de la revolucion arjentina. Actor unas veces, en otras colabora ó participa influyendo en los acontecimientos.

Hijo de don Juan Martin Pueyrredon, francés, y de doña Rita Dogan, natural de Buenos Aires, nació en esta ciudad el 18 de diciembre de 1776.

Independiente por su fortuna, ilustrado por su educacion en Europa, donde pasa la primera juventud; la conquista de Buenos Aires por tropas de S. M. Británica en 1806, lo convierte en revolucionario y en soldado.

En el combate de Perdriel cosecha sus primeros laureles, llevando una carga temeraria al centro mismo de las filas inglesas.

Tendido su caballo por una bala de cañon, estaba á punto de perecer, cuando uno de sus jinetes acercando el anca del suyo, recibe al intrépido jóven, que de un salto toma la grupa y desaparecen impávidos.

Así se mostraba en su cuna, brava y jentil, bautizada por el fuego, la despues famosa caballería gaucha del Rio de la Plata.

*
* *

El 12 de agosto, dia de la reconquista, Pueyrredon se bate en las calles de Buenos Aires y desemboca el primero en la plaza de la Victoria, seguido de sus va-

lientes húsares; alcanzando á quitar una banderola enemiga, en momentos de correr al Fuerte, Beresford y los suyos.

La influencia europea que simbolizaba Liniers en ese combate, brazo á brazo, se encontró á un mismo nivel con la influencia criolla encarnada en Pueyrredon.

El cabildo premió la conducta de este último con un escudo de honor; enviándolo en seguida como su diputado, á la corte de Madrid. En tal carácter hizo inútiles reclamaciones para mejorar la condicion de sus paisanos de América, sin obtener otra cosa que la confirmacion de Liniers en el mando, y la célebre respuesta del ministro Caballero, *de que Buenos Aires tenia bastante con la minería, la pastoría y la teología.*

Invadida la España en 1808, por el ejército de Bonaparte, el enviado porteño vuela con peligro de su existencia hacia su patria; mas, antes de conseguirlo, es capturado en Montevideo y remitido á Madrid por el gobernador Elío. Se escapa en el Brasil y parte directamente á Buenos Aires, donde llega á principios del año nueve.

Afiliado con los patriotas que trabajaban en favor de la independencia, se hace sospechoso, y un emisario del virey Cisneros lo prende y encierra en el cuartel de patricios.

Su remision á España estaba resuelta por aquel funcionario, cuando debió su inesperada fuga á los auxilios de Orma, Belgrano y Rodriguez Peña. Un buque preparado por estos últimos lo condujo al Janeiro, llevando cartas é instrucciones para tratar de

la emancipacion, con la princesa Carlota, esposa de don Juan VI.

Reclamada su persona en esa corte por el representante español, encuentra resistencia en el monarca á condicion de que el jóven patricio poniéndose á la cabeza de doce mil portugueses, se presente cual otro Coriolano á las puertas de su patria.

Una negativa categórica defrauda las intenciones del rey, y se convierte en desconfianza la benevolencia que le dispensaba.

Este cambio le hace dudar de su seguridad, y resuelve alejarse prontamente.

Las cartas de Buenos Aires le daban cuenta al mismo tiempo, de los preparativos que se hacian contra Cisneros.

Juzgando maduro el proyecto, se embarca secretamente á fines de mayo de 1810, y toma tierra el 9 de junio siguiente en la costa sur de la provincia.

Allí fué sorprendido, nos dice él mismo, con la nueva de la instalacion del primer gobierno patrio. Que calcule su júbilo ante aquella noticia, el que sea capaz de figurarse lo amargo de sus fatigas en pró de tan solemne acontecimiento.

*
* *

Pueyrredon llega á Buenos Aires y encuentra el problema resuelto. Aunque no tomara parte directa en el establecimiento de la nueva autoridad, su cooperacion había sido eficaz, por la insistencia con que en el año nueve sostuvo la necesidad de comprometer los pueblos en el proyecto que se meditaba; porque, á su juicio,

sin esa base todo plan revolucionario sería infructuoso.

Las provincias tocadas por emisarios fieles, respondieron satisfactoriamente, y una vibración unísona se sintió al primer estallido del sentimiento liberal contra el despotismo.

*
* *

A los pocos días de su arribo, Pueyrredon pasa á encargarse del gobierno de Córdoba, pero no bien se ha instalado, la Junta lo destina á la presidencia de Charcas.

El desastre de las lejonas patriotas en Huaqui el 12 de junio de 811, entrega la hermosa rejion del Alto Perú á la saña del vencedor. Los caudales depositados en la casa de moneda de Potosí, habrian sido el mejor trofeo de Goyeneche, si el intrépido presidente de Charcas no se apodera de aquellos valores y los salva conduciéndolos á Tucuman, después de sostener con la escasa tropa que le acompañaba, reñidos combates en los desfiladeros del tránsito, ocupados por el enemigo.

Este suceso, donde tanto brilla el atrevimiento como el patriotismo, le merecen del gobierno, con los mas cumplidos elogios, el nombramiento de jeneral en jefe de las reliquias del ejército del Perú.

Sin comprometer acción formal, mientras llegan re-fuerzos, entretiene á Goyeneche iniciando una correspondencia sobre los sucesos en que son actores.

El 27 de marzo de 812, el jeneral Belgrano nombrado para reemplazarlo, se recibe del ejército en la

provincia de Salta, y Pueyrredon emprende viaje á la capital donde le espera un asiento en el triunvirato, para el que fué unánimemente nombrado por la asamblea reunida en Buenos Aires el 4 de abril.

Durante su presencia en el gobierno tiene lugar la conjuracion de Álzaga, en que se mostró débil, mientras Rivadavia hacía estremecer el pais con sus ejecuciones. Esta flojedad de Pueyrredon le enajenó las simpatías del partido exaltado, y la revolucion de 8 de octubre siguiente, lo alejó de los negocios públicos hasta 1816.

*
**

Reunido el congreso de Tucuman en este año, Pueyrredon era nombrado director supremo de las Provincias Unidas, al mismo tiempo que se le estendia el despacho de jeneral. Se pone en marcha: sosiega á su paso los desórdenes de Salta, conferencia en Córdoba con el jeneral San Martin, quedando resuelta la expedicion á Chile, y llega á Buenos Aires el 29 de julio, donde se le recibe en medio de las manifestaciones públicas mas ardorosas.

Su arribo parecía consumir el grandioso acontecimiento de la independencia: el pueblo corría á su encuentro, como en los tiempos de la opulenta Roma, para llenar de flores el camino del triunfador.

Se hallaba entonces en la plenitud de la vida. Pronto tendría 40 años: hermoso de rostro, de gallarda figura, de trato culto y de instruccion no vulgar; avezado á las prácticas del gobierno, y con marcadas inclinaciones

al absolutismo, Pueyrredon venía á fijar en el poder la estampa vigorosa de su personalidad.

Rodeado de enemigos por todas partes, tenía que contemporizar con la estrafalaria política del congreso que iniciaba la restauracion de los Incas, y con el cabildo de Buenos Aires, que se hacía eco de tales delirios; al mismo tiempo que San Martín pedía armas y dinero para su empresa; que los portugueses se apoderaban de la provincia oriental; que el intrigante José Miguel Carrera pretendía dirigirse á Chile para disputar el mando á los reconquistadores, y que un partido de oposicion, titulado federal, le combatía en los clubs y en la prensa.

Pueyrredon no se arredra por tanto embate; aborda resuelto los escollos y los deshace con audacia.

En tal situacion se ve obligado á desplegar una política ambigua en las exterioridades, pero llena de nervio en el proceso. Mediante su concurso, San Martín triunfa en Chile; por sus indicaciones, el congreso abandona el plan de restauracion; empero, los portugueses se han hecho dueños de una provincia hermana, y la oposicion le abruma con sus ataques. Su primer acto de absolutismo recae sobre el coronel Dorrego, á quien deporta en noviembre de 1816. En febrero del año siguiente, un grupo de arjentinos salía desterrado para Norte-América, sin que hubieran sido previamente sometidos á juicio.

Ante estos actos, la opinion se le torna desfavorable: el congreso llamado á Buenos Aires se empeña en sostenerlo dándole el apoyo de una constitucion

que sanciona en 1819, estableciendo el sistema unitario; mas, nada basta ya á detener el movimiento reaccionario que de todos los ángulos de la República se pronuncia contra el directorio. Pueyrredon desciende no sin brillo, pues le ha cabido la suerte de ligar su nombre á la ereccion de los primeros establecimientos científicos de que se honrará siempre Buenos Aires.

No obstante, los misterios de su política han deslizado la duda en el ánimo de los escritores, y la pureza de sus actos flota aun en los ardientes espacios de la controversia. Empero, la injusticia que se cierne sobre su memoria debe tener un límite, cuando nada se ha probado; y si su administracion puso diques á la anarquía por medios abusivos, reprochemos sus violencias, pero no sus intenciones. El amaba la patria y por servirla mejor, deja en problema su gloria personal, entregándose desarmado á la censura de sus enemigos.

Su gobierno despertó en Europa la mas viva curiosidad, y los primeros estadistas y pensadores del viejo mundo, consagraron páginas elocuentes al período brillante que cruzaban estas comarcas después de declarada la independencia.

*
* *

Pueyrredon baja del poder cuando ha sentido crujir las mal unidas tablas del pavimento político. La constitucion dictada por el congreso subleva los ejércitos de la patria en Arequito y en San Juan, y la marcha tortuosa de aquel cuerpo que medita en el sijilo fundar la monarquía en el Plata, conmueve la montonera

bravía de los caudillos pastores, que cabalgando con sus lanzas desde el fondo de las selvas, vienen como el rey de los hunos á pisotear el solio de las leyes.

Después de la retirada de Puyrredon en junio del año 19, todo se hunde en el caos del año 20, y él toma la senda del destierro. Desde entonces su figura colosal se achica, y del soberbio político y atrevido conspirador solo queda el ciudadano, el perfecto caballero y el amigo jeneroso.

Reaparece en la escena diez años mas tarde, formando parte del consejo de gobierno, en la administracion que sucedió á la muerte de Dorrego. Algun tiempo después se dirige á Europa con el objeto de educar á su hijo. Regresó en 1850 y su muerte tuvo lugar el 13 de marzo dei mismo año, en su chacra de San Isidro.

Rosas era su enemigo y no consintió se le hicieran las exequias debidas á su rango.

*
* *

La época en que figuró Pueyrredon era de lucha y turbulencia, y en esas épocas los hombres se gastan con facilidad. En pos de él hemos visto fracasar, postrado por los mismos elementos, á Rivadavia: víctimas ambos de una democracia ingobernable, que, sedienta de una franca independendia, rechazaba toda centralizacion y la combatía sin tregua.

Pero siempre los arjentinos reconoceran con orgullo sus nobles servicios; y si no fué gran jeneral, ni consu-

mado político, bajo su administracion se conquistaron los mas hermosos laureles que ostenta la corona de la patria. Chacabuco y Maipo, fueron tambien glorias suyas, y la placa de la *Lejion de mérito*, de Chile, brillaba sobre su pecho.

Por eso dijo con mucha oportunidad el anotador de LA LIRA ARGENTINA, refiriéndose á Pueyrredon: « el gobierno que inventa los recursos, y elije y sostiene á los jenerales, se baña en el esplendor de las victorias. »

P.



JUAN FELIPE IBARRA

« El actual gobernador Ibarra, es uno de aquellos espíritus audaces puestos en juego por épocas revolucionarias, con fines que no alcanzarían otros de menos fuerza de voluntad. . . »

Andrews' Travels in S. America.

A FELADIO CARRANZA Y GABINA IBARRA

1787 — 1851

Mientras que en Córdoba, á la sombra del prestigio de Liniers, se aprestaban elementos bélicos para sofocar el grito de Mayo, la *tenencia* de Santiago, enclavada en el corazón del territorio arjentino y bajo un sol tropical, á esfuerzos de los patriotas Borjes y Lugones, convulsionábase en apoyo de la Junta Provisional de Buenos Aires — de manera que al presentarse allí la columna expedicionaria del Perú, rejida por el coronel Ortiz de Ocampo, encontraba un batallón de 317 plazas, que ingresó luego en sus filas con el nombre de *Patricios de Santiago del Estero*.

Ese núcleo respetable de ciudadanos, listos de todo para entrar en campaña, constaba de tres compañías con su capitán, teniente y alférez, que lo eran en el orden respectivo — don Manuel del Castaño, Gregorio Iramain, Agustín Medina; don Pedro Díaz Gallo, Juan Bautista López, Pedro José Cumulat; don Pedro Pablo Goros-

tiaga, Domingo Cainzo y JUAN FELIPE IBARRA, nuestro protagonista.

Era uno de los cuatro hijos de don Felipe Matías y doña María Antonia de Paz Figueroa, y nació el 1º de mayo de 1787, en el pueblo de Matará, á 30 leguas sudeste de Santiago.

Huérfano desde temprano, había estudiado algun tiempo en el colejio de Monserrat, en Córdoba, pero mal avenido con la carrera eclesiástica á que se inclinaba destinarlo el maestro don Juan Antonio Paz, su tio; vióse este venerable sacerdote, cura y vicario de las doctrinas de Matará, en la costa del Salado, en la precision de volverlo al lado suyo, no sin gran pena.

Mas, el arrojo y la vivacidad de carácter del jóven Ibarra, en pugna con esa vida sedentaria y monótona, le llamaban á otro teatro, y su vocacion por las armas se despertó luego.

Es oportuno advertir, que el cuadro de oficiales del batallon santiaguino, era compuesto de la juventud mas granada de aquella antigua ciudad — electrizada con la presencia de Castelli, que fué acojido con el mayor entusiasmo, y hospedado en casa del defensor de temporalidades, don Pedro Isnardi, las 24 horas que apenas demoró su paso.

Terminados los arreglos de marcha, siguió esta en el último tercio de octubre, auxiliada eficazmente por los donativos del vecindario — y acampaba el ejército en Jujui, cuando la victoria de Suipacha obtenida por su vanguardia, vengando el reves de Cotagaita, abre camino á la propaganda armada de la revolucion, cuyas huestes

triumfantes ya entraban en Potosí el 28 de noviembre de 1810.

Algunos días mas tarde, se creó en esa villa el rejimiento de infantería núm. 6, de blancos, que debía ser famoso en los cuadros del ejército, y el mando del cual se confiara al coronel don Juan José Viamonte.

La compañía de Ibarra fué agregada á dicho cuerpo, pasando á ser la 6ª del primer batallon, y nombrándosele subteniente, en 1º de enero de 1811, es decir, á los tres meses justos de principiada su carrera.

El fogoso representante Castelli, permaneció algun tiempo en Oruro, ocupado en organizar las fuerzas expedicionarias, moviéndose luego para ir á festejar el primer aniversario de la revolucion sobre las ruinas imponentes de Tiahuanacu.

Las tropas de Lima, dirigidas por Goyeneche, se hallaban acantonadas en la banda setentrional del rio Desaguadero, que servía de límite á estos vireinatos.

Propuesto por él un armisticio de 40 dias, antes de fenecer, tiene lugar la sorpresa de Huaqui, el 20 de junio, y el desbande inesperado del ejército patriota.

El núm. 6, despues de sufrir cinco horas de fuego, es tambien arrastrado en la disolucion jeneral, durante la noche que sigue al combate.

Ibarra, satisfecho de haber cumplido su deber, baja por él camino *despoblado* hasta Chuquisaca, y en agosto inmediato, al frente de una partida de dispersos, aunque bastante enfermo, reuníase en la *Palca de Flores* al coronel Pueyrredon, que se retiraba desde

Potosí con los caudales del *real erario*, y el cual, relacionando á la Junta sus padecimientos en los desiertos de Tarija y Oran, para salvarlos, escribíale:

« . . . Los oficiales han hecho las veces de soldados, porque la escasez de estos, me obligó á ponerles un fusil á cada uno, que han conservado como la mejor distincion de su grado. . . »

El jóven subteniente, en carta datada en Jujuí el 15 de noviembre de 1811, decía á la señora María Cristina Santa Ana de Carranza:

« . . . Hago ánimo, mi madre, de buscar lo perdido, aguantando hasta encontrar el desquite, que debe salir del pellejo de alguno, por que lo que en la accion del Desaguadero me llevaron, algun pícaro me la ha de pagar, si Dios no dice otra cosa. . . El motivo de no pedir mi licencia es tambien, por el jeneral que se nos ha puesto (Pueyrredon), quien nos estima á todos aquellos que hemos venido con él, y nos ha visto portarnos con honor, en la defensa de los caudales, en dos ocasiones que nos avanzaron 400 cinteños á quitarlos, á cuarenta y tantos que éramos los que veníamos; la pediré á la entrada en Potosí, etc. . . »

El momento de la ansiada revancha no estaba distante.

A fines de marzo de 1812, el jeneral Belgrano se recibía del ejército, que vejetaba en la mayor desmoralizacion.

Perdida la esperanza de socorrer con éxito á Cochabamba, fué indispensable evacuar la provincia de Salta, como lo verificó, picada vivamente su retaguardia

por el invasor—cuyo ímpetu fué contenido en el río de las Piedras, valiendo á los vencedores un escudo de honor con esta inscripcion: *La Patria reconocida á sus naturales beneméritos hijos—Libertad.*

Sin embargo de eso, el abandono de dos ciudades importantes, entrañaba la conviccion de la prepotencia de los realistas, de la debilidad relativa de las fuerzas de la patria, y lo que era mas afligente aun, la melancólica expectativa de ignorarse el rumbo hacia el que se arrastrarian ellas, molestadas y perseguidas de cerca por el jeneral Pio de Tristan:

Empero, amanece el 24 de setiembre, para alumbrar la célebre batalla de Tucuman, en la que el núm. 6, á órdenes del teniente coronel Warnes, contribuye con eficacia á labrar allí el *sepulcro de la tiranía.*

Comprendiendo á Ibarra los premios y ascensos de aquella funcion de armas, fué promovido al empleo de teniente en 1º de noviembre.

El alebronado Tristan, retrograda para atrincherarse en Salta, ocurriendo entonces la sangrienta accion campal del 20 de febrero de 1813, en que el rejimiento número 6, fuerte de casi 800 plazas y mandado por el comandante Pico, tuvo que afrontar el mayor peligro en las calles de la ciudad, sufriendo sus terribles consecuencias.

La compañía de Ibarra, que era la 5ª del 1º, salió cruelmente mutilada, puesto que de 134 bajas que le hicieron al cuerpo, *doce* pertenecian á esta que no pasaba de 67 hombres.

Mui remarcable fué la conducta del jóven teniente,

mereciendo una nueva condecoracion de la patria y el nombramiento de capitán, hecho en su persona por el jeneral en jefe el 22 de abril de ese año.

Tuvo la suerte de no encontrarse en los descalabros de Vilcapujio y Aiohuma, por haber quedado de guarnicion en Jujuí, desde 1º de mayo de 1813 hasta fines de setiembre, con la 4ª compañía, en *instruccion*, del 1º del número 6, que mandaba.

El 20 de abril de 1814, se le agregó al *estado mayor del ejército auxiliar*, desempeñando varias comisiones en la vanguardia, que llamaron sobre él la atencion de sus principales.

Cuando el jeneral Rondeau, al frente del ejército, se internaba en el Alto Perú á principios de 1815 — algunos descontentos con Warnes, gobernador de la provincia de Santa Cruz de la Sierra, atribuyéndole una conducta arbitraria, obtuvieron al fin se le mandase un reemplazante, ya en vísperas de continuar su marcha en persecucion del enemigo.

Efectivamente, en los primeros dias de setiembre, salía de Potosí con esa ardua comision, el coronel don Santiago Carrera, llevando á sus inmediatas órdenes dos oficiales de confianza — los capitanes Felipe Ibarra, y José Olivera, de caballería, con una corta fuerza de las dos armas.

Llegados á su remoto destino, y ausente Warnes sobre Chiquitos, logró Carrera ser reconocido por las autoridades — pereciendo algun tiempo despues, víctima de una conjuracion del populacho, á que no era extraño su caudillo.

Ibarra salvó la vida á duras penas, incorporándose al ejército en los dias de Sipe-Sipe.

Evacuado de nuevo el Alto Perú á mérito de aquel contraste, un año mas tarde lo encontramos de ayudante de campo de Belgrano, y encargado por este de la instruccion de 200 reclutas santiagueños, nombrándolo al efecto *comandante en comision*.

El glorioso vencedor en Salta, reconociéndolo por deudo, habia tomado cariño al *saladino Ibarrita*, como le llamaba familiarmente, llegando á dispensarle su proteccion decidida, prendado de ese valor, constancia y actividad de que diera tantas pruebas en el servicio.

Acababa de regresar al cuartel jeneral de Tucuman, de una comision en que estuvo distraido desde enero, cuando Belgrano, con verdadera pena, resolvió alejarlo de su lado, nombrándolo *comandante jeneral de la frontera de Santiago del Estero*, en 30 de agosto de 1817—cediendo á los empeños de aquellos habitantes, que ansiaban garantir la línea de Abipones con un oficial de escuela, que á sus antecedentes, aunara el ser hijo de la provincia—condiciones que encontraban en el intrépido capitan Ibarra.

Con tal comision, se apartó desde aquel momento del camino que no debiera abandonar para gloria de su nombre—perdiéndose como otros muchos en el caos de la lucha intestina, que tantas lágrimas y tanta sangre vió derramar!

* * *

Por ese tiempo, gobernaba la ciudad de Santiago

y su comprension, el sarjento mayor de caballería don Gabino Ibañez.

Simple tenencia de la gobernacion de Tucuman—ella atravesaba entonces la época mas calamitosa. Su comercio paralizado en casi todos los ramos, por impedir con esfuerzo el bárbaro abipon la cosecha de grana, miel y cera. Las manufacturas decaidas de su valor y la *saca* de mulas, estorbada con la ocupacion del Perú por el enemigo. El ganado mui escaso con motivo de los auxilios prestados al ejército y la cruel destruccion que de él hacian aquellos indios.—Finalmente, la agricultura exánime, por la carencia de brazos, emanada de las incesantes reclutas para atender á las necesidades del servicio militar.

A semejante cuadro de angustias, debemos agregar tambien, el memorable terremoto acaecido allí, á la una y media de la tarde del viérnes 4 de julio de ese año —persistiendo los estremecimientos del suelo hasta el 11, con intérvalos de horas únicamente—el que causó mayores estragos hacia el norte de la ciudad, grietándose la tierra con explosion de piedras y agua en mas de 25 leguas, con deterioro y desplome consiguiente de templos y casas — á punto que las familias despavoridas tuvieron que permanecer al raso.

Este fenómeno habia sido precedido por dos terribles huracanes que en 22 de enero y 22 de febrero destrozaron arboledas y edificios.

Los ánimos se encontraban pues, en el mayor abatimiento y tribulacion, cuando se presentó allí despues de siete años de ausencia y con los laureles de Tucuman.

man y Salta, el jóven capitán Ibarra, comisionado por el jeneral Belgrano para entregarse de la importante frontera de Abipones.

El nuevo jefe se contrajo con ahinco á formar una *reduccion*, tentando por ese medio, atraerse aquellos belicosos salvajes, cuyas depredaciones habían aniquilado la riqueza provincial; y merced á sus esfuerzos logró asegurar esa frontera en los límites de lo posible.

Tan acertadas medidas, como la consagracion á los deberes de su puesto, valieron á Ibarra el grado de *sarjento mayor* que le confiriera el director Rondeau, su antiguo jefe, en 31 de agosto de 1819.

Empero, sus aptitudes lo habían indicado ya á la fraccion encabezada por la familia poderosa de Frias, que ansiaba desprender á Santiago del tutelaje de Tucuman, y la oportunidad para dar cabida á sus planes no tardó en presentarse.

El teniente gobernador Ibañez pretesta una comision urgente del servicio, para desamparar la ciudad en la madrugada del 27 de enero de 1820, luego de haber delegado el mando militar, en el capitán y alcalde de primer voto don Sebastian de Palacio, previniendo al cabildo lo subrogase en el político y de hacienda durante su ausencia.

Convocado este, simultáneamente se daba lectura en su recinto á otro pliego del jefe de frontera, que decia :

« Las repetidas noticias que tengo por varias cartas del comandante del Rio Seco, don Francisco Bedoya y del doctor don Mariano Saravia, sobre haberse reu-

nido el ejército auxiliar con las tropas de Santa Fe, despues de apresar á su jefe el jeneral Cruz y héchose cargo del mando el coronel mayor don Juan Bautista Bustos, quien se halla en la actualidad con su ejército en la ciudad de Córdoba y en donde se ha adoptado el gobierno federal bajo de un órden, y se hallan sancionando las leyes que los deben rejir. Este incidente me ha hecho poner en camino hasta este destino con el objeto de noticiar al teniente gobernador ó á quien su lugar ocupe, para que segun ello tome las providencias que mas convenga.—Dios guarde á V. S. muchos años.—Santiago del Estero, enero 28 de 1820.—*Felipe Ibarra*.—Mui Ilustre Cabildo, Justicia y Rejimiento. »

Coincidió con esta primer noticia del motin de Arequito, la actitud desafortada del comandante Felipe Heredia, que al frente de cien hombres habia ido hasta allí, escoltando al jeneral Belgrano en su tránsito para la capital.

Dicho jefe, con escasa prudencia, intentó lastimar el decoro de la majistratura al inmiscuirse en elecciones concejiles; exasperando así las opiniones ya divididas desde el injustificable fusilamiento del patriota Borjes.

Casi motivado en cierto modo el proyecto revolucionario por tales atropellos, el mayor Ibarra, llamado con instancia por los autonomistas, se pone en movimiento con la guarnicion de Abipones—y el 30 de marzo á las tres de la mañana, el alcalde de primer voto don Blas de Achaval, recibía este oficio urjentísimo del comandante de armas dejado por Heredia:

« Despues de dos ex profesos contestes en los que se avisa que el comandante Ibarra, con número de tropas considerable, y á marchas redobladas carga sobre este pueblo, acabo de saber por personas de la mayor verdad, ser positivo cuanto se dice en el particular. Hasta esta hora, que son las dos de la mañana, he tomado ya todas las medidas precautivas que estan á mis alcances, á fin de asegurar esta plaza de mi comando de los desastres que la amenázan; y estraño mucho que V. S., olvidando el sagrado deber que inviste, se muestre tan apático en materia de tanto momento y cuyas consecuencias prometen ser funestas. En esta virtud, espero de V. S. que para llenar el deber de su facultad gubernativa, se reuna en esta misma hora en su sala consistorial, á que tratemos de acuerdo las medidas y demas precauciones que se deban tomar para asegurar este pueblo de la irrupcion alarmante que lo amenaza. Hago á V.S. con todo respeto, responsable ante la nacion de cualquier resultado que ocasione una culpable omision. Dios guarde á V. S. muchos años.—Santiago del Estero, marzo 29 á las dos de la mañana de 1820.—*Juan Francisco Maria de Echauri*.—Ilustre ayuntamiento gubernativo de esta ciudad. »

Convocados incontinenti los capitulares presentes y reunidos con asistencia del capitan Echauri, no obstante hallarse el punto cerrado, con motivo de la semana grande, se procedió á tomar las medidas del caso para conservar el sosiego público, acordándose la promulgacion de un bando tan luego de aclarado el dia, llamando

á los ciudadanos, sin escepcion de europeos, con las armas que tuviesen y bajo las mas fuertes conminaciones, facultándose á la vez á Echauri para arbitrar los medios conducentes á la mejor defensa de la plaza.

Las cosas en este conflicto, volvieron á reunirse los cabildantes á las nueve de la noche, siempre con audiencia del comandante de armas.

Entonces, se hizo memoria de una nota del mayor Ibarra, fecha 28, instruyendo de que el imperio de la necesidad le obligaba, por no habersele proporcionado los auxilios que tenía pedidos, á abandonar el punto que le estuviera confiado, retirando la fuerza para ponerla en aquella ciudad á disposicion de su cabildo teniente gobernador.

Con todo, semejantes razones no satisfacían á este, quien creyó que el objetivo de aquel jefe, no era otro, que subvertir el órden con propósitos ambiciosos.

Empero, ansiando evitar los males consiguientes á la resistencia y choque de armas entre hijos de un mismo suelo, acordó mandar á uno de sus miembros con este oficio:

« Los sentimientos de órden y tranquilidad pública, que nos está tan reencargada, impulsan á esta corporacion gubernativa á enviar á nuestro alcalde de 2º voto en turno, don José Hilario Carol, con todas las facultades que por derecho nos corresponden, á tratar y conferenciar con vd. sobre su objeto y miras, acordando lo que crea mas conforme, con arreglo á los motivos que ocasionan su mision. Dios guarde á vd. muchos años.

Sala capitular de Santiago, y marzo 30 de 1820.—
(Firmados)—*Blas de Achaval.*—*José Hilarario Carol.*
—*Santiago Santillan.* »

Constituido el ayuntamiento en sesion permanente, aguardaba el regreso de su emisario—quien le informó, no haber podido conciliar tratado alguno con el jefe del movimiento, por exigir este previamente la evacuacion de la plaza por Echaury, deponiendo en ella el armamento y municiones de su tropa—facultad de que no iba investido.

Entre tanto, hácia las tres y media ó cuatro de la mañana, se presentaba allí don Faustino Silveti con un pliego del tenor siguiente:

« No puedo ser ya mas insensible á los clamores con que me llama ese pueblo como auxilio por la facciosa opresion que sufre indebidamente de V. S. para cimentar de nuevo su esclavitud. Me hallo ya á las inmediaciones de ese pueblo benemérito, y si V. S., en el preciso término de dos horas, desde el recibo de esta intimacion, que desde luego le hago, no le permite reunir libremente en un cabildo abierto á manifestar su voluntad, cargo con toda mi fuerza al momento.—De los males que resulten y de todo lo demás, hago responsable á los individuos de esa corporacion y secuaces, como de los costos y gastos que he causado en mi marcha. Dios guarde á V. S. muchos años.—Campamento en marcha, marzo 30 de 1820.—*Felipe Ibarra.*—Al cabildo gobernador político de Santiago del Estero. »

Acto contínuo se le dió esta respuesta :

« Los negros borrones con que vd. mancha una nota parlamentaria de esta fecha, á los sinceros y legales procedimientos de esta corporacion, son ajenos, así de los respetos que ella exige, como de la moderacion de un oficial de la patria, que no tiene mas investidura que le caracteriza, que el último extremo de la ley que es la fuerza. Deseosa esta corporacion de no envolver á su pais en la desastrosa ruina con que vd. le amenaza, ha dado todos los pasos que dictan la paz, el órden y la tranquilidad pública; pero sordo vd. á tan sagrados clamores, persiste aun en sus ideas coactivas, atentando contra la primera autoridad de este pueblo, y su sagrada seguridad. Esta insistencia, obliga á este ayuntamiento á asentir á la inasequible medida de un cabildo abierto que ha repudiado por los *conflictos* para que el pueblo, que ya con libertad esprimió sus sufragios, los vuelva á patentizar: pero seria con la indispensable calidad de que en su plaza no se vea bayoneta alguna al instante; y si sus miras son como vd. las indica, deberá conservarse en el punto donde le dejó apostado nuestro enviado, quedando garante esta corporacion de retirar á igual distancia á la parte de arriba al comandante de esta plaza, con toda la fuerza que tiene reunida, para de este modo evacuada, se proceda á la reunion que se llama con la campana de cabildo. Si sus ideas son tan liberales como le ha significado á nuestro enviado, creemos adoptará esta medida, y que realizada, se retirará á su destino, quitándole á este pueblo el motivo de sus conflictos. Esta corporacion está mui distante á los alcances de no ser el pueblo

quien le ha llamado, sino una faccion desesperada que no ha podido por otro arbitrio legal, fomentar sus aspiraciones ambiciosas. Jamás puede ni debe responder este cuerpo gubernativo, por los gastos de su expedicion y demas que le indica en su nota, pues él no le ha ordenado haga estos movimientos alarmantes.— Si con este cobertor, trata de comentar cualquier pecho ó contribucion que quieran imponer por la fuerza á ella, sucumbirá la inerme.— Esperamos á la mayor brevedad la respuesta de vd. . . . »

Sin embargo, faltóles á los cabildantes el tiempo material de firmar y expedir el oficio que precede— pues que vencido el plazo perentorio fijado por el caudillo revolucionario, y penetrando ya su jente por las calles de la ciudad en son de combate— hubieron aquellos de cerrar precipitadamente su acuerdo para retirarse, librando toda decision á la suerte de las armas.

El animoso Echauri, sobre la base de los 50 veteranos de su escolta, había reunido y armado un número considerable de cívicos, con los que llevó el ataque á los revolucionarios, entre los que iba un piquete santafecino — encontrándose ambos contendientes en las proximidades del templo de santo Domingo.

A las primeras descargas, que causaran varias desgracias, cedió la fuerza de la plaza, conmovida de antemano en favor del pronunciamiento, emprendiendo su jefe la retirada, por desbandársele esta, á punto de abandonar la ciudad á los invasores, que lo ahuyentaron en seguida hácia el Tucuman.

El denuedo y actividad que desplegó en el peligro

el comandante Ibarra, aunados con su moderacion y clemencia pasado este, preservaron á la ciudad del saqueo y horrores consiguientes á toda posicion ocupada á viva fuerza.

Así, el triunfo de los principios federales no fué seguido de coaccion ni venganzas, y á las once del mismo dia eran invitados los ciudadanos, para nombrar un teniente gobernador y el competente poder municipal.

En efecto, el 31 de marzo, el pueblo en masa, reunió en las casas consistoriales, elijió al porteño don José Antonio García para presidirlo y autorizar sus deliberaciones.

Luego de ocupar este su asiento, manifiesta la urgencia de que se designe un teniente gobernador interino, hasta que oida tambien la campaña pudiera elejirse el propietario; votando en el acto por el comandante de la frontera de Abipones, don *Juan Felipe Ibarra* — siguiéndolo en idéntico sentido los demas circunstantes á escepcion de don Francisco Javier Frias y don Francisco Ibarra, íntimo amigo el uno y hermano mayor del electo el otro, que votaron por don Martin de Herrera.

Nombrado en seguida el nuevo cabildo, resultaron: alcalde de 1^o voto, don Antonio María Taboada; de 2^o, don Manuel de Alcorta; alférez nacional, don Manuel José Beltran; rejidor alguacil mayor, don Bailon Rueda; rejidor defensor, don José Isnardi; rejidores llanos; don José Antonio Salvatierra y don Juan Manuel Iramain, y procurador de ciudad, don Manuel Gregorio Caballero.

Proclamándose la votacion para teniente gobernador provisional y oficios concejiles — despues de labrarse y firmada que fué el acta por todo el vecindario, se posesionaron los electos de sus respectivos empleos, previo el juramento de estilo á presencia del pueblo — protestando Ibarra en ese acto, que solo serviría el destino pocos dias, por cuanto era indispensable su presencia en la *reduccion de Abipones* puesta á su cargo.

En seguida, despachábase una comision compuesta del ministro tesorero, don Pedro Pablo de Gorostiaga y don Santiago de Palacio, con el objeto de buscar la armonia con la capital del Tucuman, y mui luego se encargaba al jeneral frances Juan José Dauxion Lavaysse, secretario de los representantes de todas las comunidades de aquel territorio — constituidos en asamblea — redactar el acta y manifiesto en que se justificara el movimiento revolucionario ante los demas pueblos hermanos, independientes y libres — las que se circularon algunos dias mas tarde.

*
* *

Tal es el oríjen, apenas bosquejado, de la ereccion en provincia federal del territorio de Santiago del Estero, y los méritos que precedieron al nombramiento de su primer gobernador don Felipe Ibarra.

Dotado de intelijencia despierta, valor personal y perspicacia concentrada, aunque algo rencoroso y susceptible, era tambien desinteresado, excelente amigo y mui conocedor de los hombres de su época.

Poseía una retentiva singular, refiriendo con sorprendente precision, las variadas escenas en que fué actor, durante los siete años que sirvió puestos de peligro en el ejército del Perú—y su emociion era sin rebozo ocupándose de Borjes, y sobre todo de Belgrano, tipo vaciado en el molde de Plutarco, al evocar aquellos tiempos de sacrificio y de prueba.

Empero, su ambicion insaciable, rodando siempre por hondos abismos, estranguló la libertad que escudara intrépido la noche sombría del Desaguadero, para contribuir á su triunfo sobre los tiranos de la patria en los dias radiantes de las Piedras, Tucuman y Salta!

Ese fué el guerrero de la independendencia arjentina, brigadier jeneral, don *Juan Felipe Ibarra y Paz*, finado de una afeccion orgánica, despues de prolongada agonía, hácia las 11 de la mañana del mártes 15 de julio de 1851, dándosele piadosa sepultura en el cementerio de la Merced, cuyo templo edificó por devocion.

La guerra civil, que con breves intervalos, conflagrara cruelmente la República—lo consolidó en el poder, que ya solo debia abandonar con la vida—sobreponiéndose por la sagacidad ó el acaso á repetidas sorpresas, intrigas y conspiraciones tramadas por los mismos que lo habian elevado, suponiéndolo instrumento servil de pretensiones bastardas.

El caudillo de Abipones, engrandeció con el tiempo, conquistándose á tirantes largos, una personalidad política tan visible en las provincias del norte—que no es dable encuadrar en pocas pájinas un estudio detenido al reflejo de su numerosa correspondencia—

por que, si bien atenua su responsabilidad en el drama sonado de Cullen, no lo absuelve de la tortura inflijida al bravo Santiago Herrera, Tulco y otros mártires—á que lo empujara un genio maléfico; ni del encarcelamiento, vejámen y éxilio al Bracho de ciudadanos distinguidos, en los treinta años que mandó á capricho la provincia natal, personalizando el poder, para dejar inoculado el aislamiento y el espíritu retardario ó montonero en las altas esferas de la autoridad—luego de estirpar el postrer jérmén de rejeneracion, en holocausto á la barbarie y al retroceso, que son el arsenal inagotable de la idolatría del absolutismo.

Repudia sus honrosas tradiciones de soldado de la ley—ah! para unirse á Bustos y Heredia, los protervos de Arequito, sin escluir á Lopez, su cómplice mas tarde—Se pone en contacto con los Aldao, que oprimen á Cuyo—intriga con el turbulento Dorrego para combatir á Rivadavia—fedérase con Quiroga, y por último acepta la alianza de Rosas y Oribe—para en consorcio del apóstol de la anarquía y del azote del tirano en el interior, asistir á los campos sangrientos de *Palma Redonda, Ciudadela y Famaillá*, donde queda aniquilada entre tigres, la autonomía de los pueblos argentinos, hasta que truena el cañon de Caseros para anunciar la suspirada aurora de las instituciones, tras la noche polar de la tiranía!

Con dolor patriótico pero sereno, cúmplenos declarar, que su memoria será difícilmente rehabilitada por la posteridad, pues que en vano hemos buscado para sus excesos, circunstancias que apaguen en los labios de

una jeneracion, el anatema que aun le sigue en la muerte—y por que el crimen del despotismo, semejante al de los Atridas de que habla la tragedia griega, es inexpiable! . . .

No son las furias de la pasion ni de la venganza, las que gobiernan nuestra pluma, que desligada de las afecciones mas caras, se inspira únicamente en el horrendo cataclismo del pasado, al entregar á la espiacion severa de la historia que no se borra—la vida pública del jeneral Ibarra, que marchitara con la usurpacion vitalicia de los derechos de un pueblo, y con su ejemplo corruptor, la corona de inmortal laurel con que la patria en mejores dias, ciñó la frente de sus héroes.

Ella lo juzgará con fria conviccion, pesando sus faltas y culpables errores, con las exajeraciones parciales de los contemporáneos, sus servicios en la era revolucionaria, la ausencia de consejo, la descuidada educacion, y sobre todo, aquella aura popular y prematura, tan propensa á deslumbrar á los favoritos de la suerte, ¡ay! para apartarlos á menudo del faro inestinguible de la justicia ó del santo amor á la verdad!

Buenos Aires, 1^o de mayo 1877.

β.



RUDECINDO ALVARADO

« . . . De mi parte solo puedo rogarle, que el recuerdo que usted quisiera hacer de mi nombre, sea tan modesto cual conviene á la pequeñez de mis servicios, que si bien merezcan traerse á consideracion, jamás llegaron á la altura de mis votos, ni disputé el brillo á otros mas capaces de merecerlo. »

Carta de Alvarado—29 de enero de 1866.

A LOS BENEMÉRITOS SEÑORES NICOLÁS YEGA Y GERÓNIMO
ESPEJO.

1792 — 1872

A las 4 de la tarde del sábado 22 de junio de 1872, espiró en la ciudad de Salta, el guerrero de la Independencia con cuyo nombre encabezamos este perfil.

Jamás desmentidos los impulsos de aquel desnudo puesto á prueba desde las primeras escenas de la revolucion de Mayo—llegó á ser uno de sus próceres armados, hasta que la naturaleza reclamara su tributo, habiéndole antes dispensado la dicha inapreciable de unos ochenta años de edad, que él supo consagrar á las tareas mas nobles.

Cuando se ha vivido tanto, y cuando cada día de esa prolongada existencia, recuerda una ofrenda purísima en los altares de la patria—se presienten los resplandores de la posteridad, y bien puede el hombre eclipsarse sin pena entre las sombras del sepulcro.

La República perdió en el general Alvarado, uno de sus militares importantes, por los servicios á que ligara su

nombre en una época de grandes sucesos y de largos padecimientos.

*
* *

Era el menor de los cuatro hijos de don Juan Francisco Alvarado, español de oríjen, y de doña Luisa Pastora Toledo Pimentel de Alba, entroncada en una familia ilustre.

Nacido en Salta el 1º de marzo de 1792, estudió tres años en Córdoba y con motivo de la muerte de su padre en 1805, tuvo que dedicarse al comercio á los 17 de edad.

El movimiento popular de 1810 lo encontró accidentalmente en Buenos Aires. Impresionado por lo que presenciara, volvió á su provincia donde fué hecho teniente de una compañía de *patricios* creada por el gobernador Allende, con la que, ocurrido el reves del Desaguadero, avanzó hasta Oran en proteccion del coronel Pueyrredon que bajaba con los caudales de la Moneda y Banco de Potosí—dándole oportuno auxilio.

Reorganizándose el ejército en Jujuí, tornó á su profesion mercantil—cuando á su ida de Buenos Aires, supo en Tucuman que los realistas con fuerzas mui superiores, cargaban al jeneral Belgrano en su retirada.

Formado entonces un cuerpo de caballeria de la juventud mas distinguida, con el título de *Decididos de Tucuman*—fué elegido para mandarlo—asistiendo á la célebre funcion de armas librada en los suburbios de aquella ciudad.

Luego de haber jurado en el rio *Pasaje* á la par de sus conmlitones, defender con la vida el flamante pabellon

arjentino—desempeñando el puesto de edecan del mayor jeneral D. Eustoquio Diaz Velez, participó de la gloriosa victoria alcanzada poco despues en el llano de Castañares—valiéndole con otro escudo de honor, el despacho de capitán.

« Terminada esta feliz campaña, dice el protagonista en su autobiografia, recibí invitaciones para ser incorporado en el ejército, que rehusé decididamente, por que carecia de inclinacion á la carrera militar, que debia privarme de la independenciam de que gozaba, regresando en el acto á Tucuman para traer á Salta los restos de mi negocio dejados allí, etc. »

Sin embargo, los contrastes de Vilcapujio y Aiohuma, estremeciendo las fibras de su patriotismo, le obligan á aceptar el mando de la cuarta compañía del batallón de *cazadores* al cargo del coronel Dorrego.

« Ya en esta colocacion, prorumpo, abdiqué mi independenciam, para consagrar todos mis esfuerzos al servicio de la patria. Puedo decir con verdad, que hice el mayor sacrificio, cediendo á influencias poderosas, y á mi conviccion de preferir la pérdida de la vida á la ignominia de soportar el yugo español. »

Como sarjento mayor del mismo cuerpo, se halló en el encuentro del *Puesto del Marques*, el 17 de abril de 1815.

Encargado accidentalmente del mando—jamás sintió sus charreteras tan pesadas, ni tan liviana su espada como en los dias de Venta y Media y Sipe-Sipe..! en que fué estéril la enerjía de su carácter, toda la grandeza de su alma, y hasta el sacrificio completo de su persona.

Era ya edecan y secretario del director Pueyrredon, cuando en la entrevista que tuvo este en Córdoba con San Martín, fué obligado á aceptar el comando del batallón de cazadores del ejército de los Andes que se formaba en Mendoza, siendo promovido á teniente coronel, en 1.º de agosto de 1816.

*
* *

Iniciado el famoso pasaje de la cordillera, por seis puntos diversos, llevando la vanguardia del grueso del ejército, que lo verificó por los *Patos*, ordena Alvarado al comandante Necochea, cargar al enemigo que se descubría en el valle de San Antonio de Putaendo, como lo hizo con el mejor éxito (7 de febrero de 1817.)

Cinco días despues, toma parte en la batalla de Chacabuco, que restauró á Chile del poder español.

Trasládase á Valparaíso, y por medio de acertadas disposiciones, logra apoderarse del ex-presidente Marcó del Pont y otros personajes de su comitiva, como asimismo del bergantín de guerra *Águila* que con el nombre de *Pueyrredon* sirvió de base á la marina chilena.

En la sorpresa nocturna de Cancha-Rayada, tuvo la suerte de salvar su batallón con solo 21 bajas.

Por los méritos contraídos al frente del ala izquierda, en el espléndido triunfo de Maipo, el 5 de abril inmediato, fué promovido al grado de coronel.

A él es aplicable, mas que á otro alguno aquella inscripción mandada grabar por el gobierno de Chile, en el monumento heróico que debería erijirse en ese llano:

GLORIA Á LOS VENCEDORES DE LOS VENCEDORES EN

BAILÉN—por cuanto, fué su batallón el que restableciendo el combate, rindió al mentado *Real de Burgos*, invencible hasta entonces, pues que tenía ganadas diez y ocho batallas en la Península, inclusa la de Bailén, y el cual había hecho cejar precisamente en ese acto, al núm. 8 compuesto de negros, comandante E. Martínez.

Abierta la campaña del sur de Chile, contra el coronel realista don Juan Francisco Sánchez, fué el alma de la vigorosa persecución que se le hizo aun allende el caudaloso Biobío, ocasionándole tantas pérdidas, que al internarse en las soledades de la Araucanía, hubo de renunciar hasta su última esperanza de restablecer la lucha.

Amenazado nuestro suelo de una invasión española, que se aprestaba en Andalucía, repasa los Andes para remontar su cuerpo que tanto sufriera en esa penosa campaña.

En tales circunstancias, ocurre la sublevación nocturna de Arequito—7 de enero de 1820—la que repercutiendo dos días después en San Juan, amotina el batallón de cazadores, que completaba allí su instrucción y recluta.

Este fatal incidente, cuando no fué posible dominarse, obligó á Alvarado á llamar de San Luis, á los granaderos á caballo que ya se resentían del contajío, con los que marchó en dirección á Chile, para donde había despachado poco antes, al cuerpo de cazadores á caballo y al mismo jeneral San Martín, en el estado más alarmante de salud.

*
* *

El 20 de agosto de 1820—natalicio del director O'Higgins,—se embarca en Valparaíso con su regimiento

de granaderos á caballo, para acudir lleno de entusiasmo y de ardor patriótico, como el resto del ejército expedicionario, á la empresa grandiosa de dar libertad á los hijos del Sol!

Desembarcado al norte de Lima, no tardó en activar las inteligencias secretas que ya existían con el afamado batallon de *Numancia*, fuerte de 654 bayonetas, el que merced á sus constantes fuerzas, se pasó á las banderas libertadoras, el 3 de diciembre de 1820.

Estallada la conspiracion militar, que en 27 de enero de 1821, depuso al virey Pezuela, una de las primeras medidas adoptadas por La Serna, sucesor de este, fué la de invitar á San Martin á una conferencia—quien despachó á los coroneles Alvarado y Guido para que lo representaran, encontrándose con los comisarios del nuevo virey en la hacienda de Retes.

Fracasada esa tentativa de pacificacion, en la que solo se propuso el iniciador, conocer la clase de jefes que rodeaban al caudillo arjentino, continuaronse las operaciones con actividad, no obstante la terrible epidemia que se desarrolló y dieztaba al ejército libertador.

En el mes de abril de ese año, fué desprendido Alvarado con el jeneral Árenales, que abria su segunda campaña á la Sierra, avanzando á ocupar las provincias de Tarma y Jauja, hasta la márjen apartada del Iscuchaca—rasgo estratégico que decidió la evacuacion de Lima por los realistas, conquistando á Alvarado el entorchado de jeneral (12 de julio 1821.)

El 14 de agosto inmediato, se le encargaba del estado mayor del ejército unido, estableciéndose el sitio del

Callao, cuya rendicion, hizo que el jeneral Las Heras por razones que no son del caso detallar, regresara á Chile, sucediéndole nuestro protagonista en el mando de todas las fuerzas.

Estábase organizando la espedicion á puertos intermedios, cuando el Protector San Martin, trasladose á Guayaquil con el propósito de tener una entrevista con el jeneral Simon Bolivar, Libertador de Colombia.

A su vuelta, aquel hábil estratájico, profundamente desencantado de la pequeñez de ciertos favoritos de la fortuna, bien distantes de su talla y nobles aspiraciones, convoca al Congreso, para dimitir el mando supremo, embarcándose acto continuo para Valparaiso.

Así abandonó el escenario de sus triunfos, imponiéndose el mas sublime ostracismo que recuerda la historia, el héroe incomparable, que dominando con su jenio las aguas del Pacífico, fué á proclamar la independenciam de un gran pueblo, en la ciudad de los Reyes, despues de haber hecho acallar para siempre la campana siniestra de la Inquisicion!

*
* *

Comprometido Alvarado á llevar adelante el plan de operaciones que combinara el Protector, una vez organizado el nuevo gobierno, que lo integraban bajo la presidencia del jeneral La Mar, Don Manuel Salazar y Baquijano, conde de Vista Florida y el Dr. D. Felipe Antonio Alvarado, hermano de aquel —celebradas repetidas conferencias á que concurrió el ministro Guido y el triunfador en Pasco, dió la vela

con el cuerpo espedicionario, á mediados de octubre de 1822, yendo á tomar tierra en el puerto de Arica.

Dicha espedicion, que en su carácter de invasora, reclamaba celeridad en los movimientos para infundir espanto al enemigo, se encontró paralizada, por que aun no habian llegado al punto de reunion, los caballos contratados en Chile, amen de otras razones no menos poderosas que apunta el jeneral en jefe en una de sus notas oficiales, datada en la enunciada ciudad, á 6 de diciembre del propio año, y de la que extractamos los pasajes que van á continuacion—

« . . . Estas pocas reflexiones, desenvueltas en globo, harán formar á V. E. una idea jeneral de los choques que sufre mi espíritu, como del crítico compromiso en que me veo, y que pocas veces habré tenido que sufrir un jefe de tropas, y añadida á esto la escasez de los elementos que se me han concedido para abrir la campaña, no puedo menos de decir á V. E. que me considero el jeneral mas desgraciado»

« La falta de numerario especialmente aumenta mis zozobras, y yo no encuentro otro arbitrio para llevar adelante las marchas, que ser á pesar mio un instrumento de la ruina total de estos infelices pueblos. Ellos despues de haber toleradó las mas indecibles extorsiones de parte de los enemigos, se ven en la precision de entregarnos los últimos restos de su subsistencia, quedando por consiguiente rodeados solo de su propia miseria. Jamás, habria querido ser jeneral sin caja militar, y forzado á esparcir por donde quiera, la desolacion; pero no hay remedio: desde que salí de

Lima sin los fondos suficientes, ya me creí condenado á ser un exterminador involuntario de los pueblos mismos á quienes venia á libertar.»

« V. E. sin duda es quien únicamente puede mitigar las aficciones que en esta parte padece mi corazon, tomando cuantos recursos estén á sus alcances para minorar tan grandes inconvenientes. Yo al menos lo suplico á V. E. con el mayor encarecimiento, bajo el concepto de que si esto no es posible, tendré siquiera ante el gobierno del Perú, y la nación entera, en este reclamo, un documento que durante la guerra y en los tiempos futuros sea un comprobante de la rectitud de mis miras, y de mi inculpabilidad en los males que se experimenten.»

*
* *

Entre tanto, el experto jeneral Canterac, aprovechaba ese lapso, para correrse con el ejército del norte, desde Jauja al Cuzco; es decir, mas de cien leguas erizadas de arcabucos y médanos—reuniéndose á Valdéz en las acciones de Torata y Moquehua—contrastes que experimentó Alvarado con diferencia de cuarenta horas—(19 y 21 de enero 1823.)

Conocedores de las causas que los motivaron, y en posesion de documentos irrefragables—no siendo nuestro ánimo exceder la índole de este contorno, nos abstenemos por ahora de levantar el velo que cubre todavia ese misterio, en holocausto á las cenizas de los que ya no existen—agregando únicamente, que cuando el jeneral Don Francisco Antonio Pinto, jefe del estado mayor, le presentó el de las fuerzas de línea, que no pasa-

ban de 1884 hombres, con solo ocho cartuchos por plaza incluso las ecuestres—repuso Alvarado—*Aunque no tuviese sinó cincuenta soldados, con ellos batiría á los españoles.* Sin embargo, eran estos mas de seis mil!

Empero, antes de proseguir, haremos algunas observaciones acerca del mal éxito de aquella campaña.

Bien penetrado estaba el gobierno del Perú, de la situacion en que se halló desde algun tiempo atras, el ejército de los Andes, como de la influencia que tuvieron sobre él las últimas innovaciones en el gabinete.

Sin el respeto de una autoridad central en el país á que pertenecía, por desconcierto de las Provincias Unidas, no pudieron esas tropas obrar por la fuerza de subordinacion nacional, sino únicamente en virtud de la firmeza individual de los jefes y oficiales, que sosteniendo el espíritu de independendencia, se proponian trabajar por ella.

Esta falta de centralismo, fué suplida luego por la autoridad convencional que se reconoció desde Mendoza en el jeneral San Martín, ratificada en la villa de Rancagua á 2 de abril de 1820.

Los respetos que se debían á aquel jenio extraordinario, sus talentos y su fortuna misma, fueron suficientes á cimentar en el ejército, un poder, cual se requería para dirigirlo y moralizarlo.

Mas, desde que las ocurrencias de Lima, descubrieron su retirada, ya quedó un vacío tan imposible de llenarse, como lo era reducir á la continuacion en el mando de las tropas de los Andes á su propio fundador.

El despacho de jeneral de ellas que confriera este

al bravo del Biobio, no pasaba en realidad de un título nominal, puesto que no era dable fijase por sí solo la opinión para la disciplina militar, entre los jefes y oficiales, por mas que ese nombramiento fuera consiguiente al carácter de un ejército que se condujo casi siempre, mas por el sistema de preocupaciones, que por una ley que le impusiera el deber de la obediencia.

Como se vé, Alvarado jamás podria contar con esta, careciendo de las dotes que autorizaban el acatamiento por su antiguo caudillo.

Tantos elementos internos de dislocacion, aunados á las rivalidades consiguientes, cuando se reunen fuerzas de distintos pabellones, ocasionaron un disgusto jeneral, que era preciso encubrir con política para que no lo percibiese el público, y mucho menos el enemigo, en una época que haria fatal la trascendencia de tan crítica situacion.

Por lo tanto, el mejor medio que pudo adoptarse para evitar tamaño riesgo, era poner en movimiento esas tropas, dándoles una direccion que halagase sus ideas.

La espedicion á Puertos Intermedios fué pues la mas conveniente para salir del apuro, á pesar de que ella no se verificara con los elementos necesarios á conjurarse los males, que sin duda iba á irrogar la ausencia de aquellos.

Por una fatalidad de Alvarado, fué elejido para comandar este ejército heterojéneo, en que no podia hacerlo como jeneral, sino simplemente como

amigo, quedando por el hecho, mas espuesto á ser víctima de su honor y de los compromisos de su carrera, que colocado en la senda de la gloria.

Al admitir un empleo de tanta responsabilidad; cargo que en virtud de su grado le competía, solo pudo hacerlo en la persuacion de que ese sacrificio seria útil al Perú, pues que era urgente poner en movimiento el ejército y mas que todo, sacar de la capital, el de los Andes, de manera que armonizase con sus pasados servicios.

Apenas desembarcado en Arica, los síntomas de disolucion, hicieron progresos ineludibles.

Las órdenes jenerales se observaban al arbitrio, con perjuicio visible de la disciplina de los cuerpos.

La mayor parte de los jefes, sea por sistema ó por acidia, no cuidaron impedir los excesos y desórdenes, que con ruina de los habitantes, cometía la tropa.

Ni las quejas de los infelices damnificados, ni el amor al buen nombre de la causa, fueron móviles suficientes á desplegar su celo.

« . Yo no he podido menos de llenarme de rubor al oír las justas reclamaciones, y habria querido tener todo el poder necesario para contener unos males de tanta gravedad. Mas ya he dicho á V. E. que estas no son tropas que reconocen una autoridad coactiva, y es imposible entre tanto, valerse de otro medio que la política. »

Este parágrafo que tomamos de su correspondencia secreta con el gobierno del Perú, dá la norma de

las zozobras y contrariedades que afrontaría el malaventurado jeneral, quien para ser enérgico, para ser justo, debió levantar las ordenanzas sobre todo, sin escluir sus compromisos con la lojia Lautaro—á fin de imponer por medio de castigos severos, la obediencia relajada, sin pesar la jerarquía de los que cayesen bajo el rigor de la ley.

Pero su natural bondadoso, pretendió capitular con la intriga y la infidencia, que desveladas conspiraban en su derredor—hasta que el mas triste desengaño colmara de acibar su espíritu jeneroso—bien ajeno de los inmerecidos calificativos que le prodiga el historiador peruano Paz Soldan, sin embargo de haberlo declarado uno de los mejores oficiales jenerales que servian á su pais, adornado como se hallaba de instruccion, esperiencia y valor indisputable !

*
* *

En el ínterin, los restos del ejército se embarcaban en Ilo. El argentino á órdenes del jeneral Enrique Martinez, y los chilenos y peruanos á las del enunciado Pinto.

Alvarado se dirijió á Iquique para tener una conferencia con el absolutista Olañeta, que á la sazón no reconocia la autoridad de La Serna; regresando á Lima, donde pidió con gran insistencia se abriera un juicio sobre su campaña—deber que le imponían su honor comprometido y las exigencias mismas de la disciplina.

Hé aquí la prueba :

« Lima, febrero 28 de 1823.

« Exmo. Señor :

« El honor militar pende de los sucesos ante el vulgo de los hombres ; mas el sensato juzga conforme el análisis que hace de las operaciones. »

« El mio, en la desgraciada campaña del Sur, está sin duda á merced de cuantos piensan. »

« Yo no trato de atacar el concepto jeneral : este es tan vacio y voluble como lo son los caprichos individuales : quiero si, vindicar mi nombre ante la parte sensata del Perú, y responder á la Nacion de la importante empresa que tuvo á bien confiarme. Deseo, en una palabra, ser juzgado conforme á ordenanza. Asi es, que suplico á V. E. se sirva mandar que se proceda á mi juzgamiento con la brevedad que se requiere para el mejor exámen de la verdad de los sucesos. »

« Con este motivo, tengo la honra de ofrecer á V. E. mis respetos y alta consideracion. *Rudecindo Alvarado*.—Exmo. Señor Presidente de la República del Perú. »

A pesar de esto, el presidente Riva-Agüero, no accedió á la convocacion del consejo de guerra que reclamaba el presunto inculpado, concretándose á dirigirle una atenta comunicacion, por medio de su ministro el jeneral Herrera, cuyo tenor es el siguiente:

« Ministerio de la Guerra y Marina.

Lima, marzo 1^o de 1823.

« Honorable Señor :

« Su Excelencia el Presidente de la República, ha visto la nota de V. S. que se sirvió dirigirme con fecha de ayer, y me ordena asegure á V. S. que en el concepto del gobierno, y de todo sensato, no ha tenido que sufrir el honor de V. S. la menor mengua por las desgracias de la campaña del Sur. Ellas han sido efecto necesario de un órden de circunstancias que se combinaron desde un principio, y que no han pendido de los alcances de V. S. Escasez de recursos para el sosten del ejército que se le confió; la falta de movimientos que debió hacer el del centro, y otras muchas en que puede asegurarse incurrió el anterior gobierno, son á la vista de todos, las que han orijinado el contraste. Por ello es, que su excelencia créa escusado poner en exámen la conducta de V. S., segun lo indica en su citada nota; y antes bien, cierto de que por su parte trató de llenar sus deberes como jeneral, y desempeñar la confianza que se le hizo de la libertad é intereses del Perú, quiere que reciba V. S. en contestacion á su indicada nota, una manifestacion de la consideracion distinguida que le merecen sus talentos, virtudes y particular adhesion á las ventajas del Perú, y espera que V. S. continuará empleando á beneficio de la conclusion de la guerra, el honor y constancia que

lo han distinguido en la gloriosa carrera de las armas.

« Sírvale á V. S. de intelijencia y satisfaccion, y reciba los sentimientos de mi mas alto aprecio.

Honorable señor—

Ramon Herrera »

Honorable señor jeneral D. Rudecindo Alvarado. »

Por si estas pruebas inequívocas de estimacion, no fueran bastantes á calmar la susceptibilidad del veterano pundonoroso—el mismo Bolivar, que como es notorio, era parco en elojios, sobre todo tratándose de arjentinos, al conocer el desenlace de una expedicion cuyo resultádo desastroso habia previsto, se apresuró á escribirle la carta que vá en seguida y cuyo autógrafo, como los anteriores, tenemos á la vista.

« Guayaquil, 18 de marzo de 1823.

« Mi querido jeneral:

« La derrota de las tropas en Moquehua, es una consecuencia del estado anterior de las cosas. No podia ser menos. Prueba de que yo habia previsto este suceso, es que ofrecí anticipadamente 4,000 hombres, y mandé retirar nuestras tropas, porque las creia perdidas en esa capital. »

« La revolucion es un elemento que no se puede manejar. Es mas indócil que el viento. V. ha sido víctima de ello, y no por su desgracia ha perdido

V. el mérito que tiene para aquellos que saben apreciar los talentos y las virtudes.

Por mi parte. cuente V. siempre con mi admiracion y aprecio: y sirvase V. contarme entre sus amigos y favorecerme con su correspondencia epistolar. »

« Ruego á V. que por ninguna causa abandone V. las playas del Perú, y que tenga la bondad de esperarme hasta que yo me vaya.

« Soy de V. con la mayor consideracion su afmo. amigo—

Q. B. S. M.

Bolívar.

Señor Jeneral D. Rudecindo Alvarado. »

Se invocaba el patriotismo del modesto Alvarado para que guardando silencio, esperase á que mas sosegadas las pasiones, pudiera ser oido con imparcialidad—y él así lo prometió, asumiendo hasta su muerte esa responsabilidad ante la opinion, que juzga siempre por los resultados.

Dia vendrá, en que salgan á luz sus confidencias mas íntimas, y la historia al recojerlas, completará su juicio.

*
**

Nombrado gobernador de la plaza del Callao, fué hecho prisionero en la sublevacion de la noche del 4 al 5 de febrero de 1824, siendo embarcado incontinenti para Pisco, donde acantonaba la division Rodil, trasladándosele de allí por Ica, Huancavelica, Huamanga y Cuzco, á Puno, lugar remoto de su confi-

namiento, recibiendo en todas partes muestras nada equívocas de respeto y aprecio de los jefes realistas, que conocian las excelentes calidades de su prisionero.

El mismo virey, tomó un vivo interes en la suerte de Alvarado, como se patentiza por la recomendacion oficial dirigida al Dr. Garate, que honra igualmente al que la firma.—

Virey del Perú.

N. 652

El señor Presidente del Cuzco debe remitir á esa ciudad al jeneral enemigo Alvarado y demas oficiales prisioneros, que le previene por órden de ayer. En su consecuencia, y vista del buen comportamiento que ha manifestado el enunciado jeneral enemigo, lo alojará V. S. en una casa donde se le trate con dignidad, y en la que permanecerá sin comunicacion, no debiendo tener alguna con los prisioneros de la Isla; bien que estoí persuadido que aun sin esta prevencion se conducirá del mismo modo que hasta aquí.

Se darán al señor Alvarado, ciento veinte pesos mensuales por esas Reales Cajas, para su subsistencia, pues aunque por las de Huamanga se le suministraba mayor auxilio, no es posible en el dia continuarselo, por razon de las circunstancias de falta de reales intereses y mayores gastos con motivo de la presente campaña.

Los oficiales que acompañan al mencionado Alvarado en clase de ayudantes, pasarán á la Isla con todos los

demás ; pues un jeneral prisionero no debe tener ayudantes.

Estoi bien persuadido de las cualidades sociales que distinguen al jeneral Alvarado, á quien por ellas, se le ha dispensado *un trato que ningun prisionero puede contar*, y que ningun jeneral español que sirve á S. M. habria experimentado entre los insurjentes. Por lo mismo, espero que se penetrará militarmente de la razon con que dicto estas disposiciones, no menos que de la consideracion que me merece por sus circunstancias ; y á fin de que aquellas tengan su exacto y debido cumplimiento, despues de prevenir á V. S. el que le respecta, traşcribo esta órden al señor comandante jeneral de la Provincia para su observancia en la parte que le toca, y que lo haga saber al jeneral Alvarado.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Limatambo, 2 de setiembre de 1824.

JOSÉ DE LA SERNA.

Señor Gobernador Intendente de Puno.

*
* *

El cañon de Ayacucho, abrióle por fin, como á otros muchos, las puertas de la patria, que supo valorar sus sacrificios, remunerándolos con la distinguida consideracion de sus compatriotas, que tributaron siempre la mas acabada justicia á su carácter suave, desinteresado y caballeresco.

El brigadier Alvarado mereció la confianza y estima de los grandes americanos JOSÉ DE SAN MARTIN y SIMON BOLIVAR—circunstancia que no será difícil pro-

porcione á los fastos de nuestra emancipación política muchos secretos de elevada trascendencia en una época tan memorable.

En los diversos destinos públicos que ejerció durante su larga carrera, pueden citarse como prominentes los de gobernador de Valparaíso, y el Callao —el de consejero de Estado en el Perú; el de gobernador de la provincia de Salta, en dos periodos; inspector jeneral de armas durante la presidencia del inmortal Rivadavia; gobernador de Mendoza, y por último, el de ministro de la guerra durante la primera administración constitucional de la República, después de haber sufrido por sus ideas liberales el largo destierro á que lo condenara la tiranía derrocada en Caseros.

En la milicia alcanzó los grados de Mariscal de Campo de Chile, Gran Mariscal del Perú, y Brigadier Jeneral Argentino.

Entre las condecoraciones que adornaban su uniforme, se contaron los escudos de oro de Tucuman y Salta. La medalla de Chacabuco, la de Maipo y los cordones. La lejon de Mérito de Chile. La condecoración de brillantes concedida por el jeneral San Martín, á los jefes *mas beneméritos del ejército libertador*. La *placa* (pensionada) de la *Orden del Sol*, ofrecida por EL PERÚ Á SUS LIBERTADORES. El *busto del Libertador Simon Bolívar*; y por último, la gran *Medalla Cívica* que le acordara el Congreso en Lima.

Debemos agregar que sus funerales fueron grandiosos.

Lo mas distinguido de Salta acudió á rendir su tributo al ínclito compañero de Arenales, Güemes y Gorriti—cuyas virtudes y amor á la patria, solo pudieron apagarse con los latidos de su corazon .

En brazos del pueblo , llegaron sus restos al panteon, hablando en torno suyo, los señores Fresco, Ipiña, Outes, Subieta y Zorrilla.

*
**

Tales son trazados á grandes rasgos, los méritos del brigadier D. Rudecindo Alvarado, cuyo nombre pertenece ya á la historia, ese tribunal augusto é inflexible ante el cual, segun la bella espresion de Segúr, descienden los héroes de su carro triunfal y se desnudan los potentados de su púrpura y oropeles .

Que las jeneraciones futuras acepten con orgullo, este modelo de probidad, de honor y de una abnegacion rara aun en los tiempos luminosos de la epopeya americana !

β.





Cristiano J. F. Editor, Buenos Aires.

J. M. air mef

JOSÉ MÁRMOL



La muerte de un hombre que deja en la humanidad la huella de su paso, no importa ese eclipse eterno y sombrío detrás del cual desaparece una existencia.

B. NITRE.

AL POETA P. Y. ANDRADE

Frescas estan las adelfas arrojadas sobre el sepulcro de José Mármol, muerto en la mañana del 9 de agosto de 1871.

Hasta hoi ni la crítica analizó prolijamente la herencia de su talento, ni la curiosidad de los escritores hizo diligente exámen de su dramático paso por el mundo; y apenas, si se ha publicado alguna página de su vida, es estudiándolo en el rol de poeta militante, y sin abordar en la esfera de las investigaciones el conjunto moral del individuo.

Tal vez no fuera oportuno hacerlo todavía. Vallas tiene la senda del biógrafo que no impunemente han de salvarse, si se quiere respetar el secreto de los vivos, que no debe ser divulgado á pretesto de escribir la historia de los muertos.

La merecida fama literaria que rodea el nombre de Mármol, es demasiado estensa y activa para que

la muerte apague los resplandores de su auréola, envolviendo en el sudario del olvido el prestigio de sus obras.

Hay glorias á que la posteridad comentadora y fria como un cálculo, no se aproxima; y el tiempo brega impotente por alejar de la conciencia pública los rasgos indelebles de esas figuras culminantes.

En las naturalezas donde el dualismo de lo finito y lo perdurable se consume, la carne perecedera se arruina y fallece; empero, el espíritu vaciado en las creaciones del jenio sobrevive, y se inmortaliza en la piedra, en el lienzo ó en las armonías del poeta, y su destino es no morir jamás: por eso no ha muerto Fidias, ni el Ticiano, ni morirá el Dante.



Don José Mármol, hijo de don Juan Antonio Mármol y de doña Maria Josefa Zavaleta, nació en Buenos Aires el 2 de diciembre de 1818, y educándose en los centros mas cultos adquirió fácilmente aquel esquisito y ameno trato que tanto le distinguía.

Contaba 20 años y era estudiante de derecho en la universidad de esta capital, cuando un dia al retirarse del aula fué asaltado por agentes del dictador, en las oficinas del correo, y conducido preso.

Nada se le dijo respecto á la causa de su arresto, y sin procedimiento alguno judicial lo dejaron libre algun tiempo despues. Durante su clausura escribió con carbon en las paredes del calabozo, varias estrofas de que se ha conservado la siguiente:

- » Muestra á mis ojos espantosa muerte,
- » Mis miembros todos en cadenas pon;
- » Bárbaro! nunca matarás el alma
- » Ni pondrás grillos á mi mente, no!

Luego que dejara aquel encierro se levantó en su memoria, como una amenaza, el recuerdo de sus versos, y temió ser aprisionado culpable, y vuelto al calabozo de donde acababa de salir inocente.

Acalorada su imaginacion predispuesta á las emociones fuertes por la delicadeza de su temperamento nervioso, y creyéndose perseguido, se arroja tambien en la senda trillada por miles de argentinos, que buscando auras de libertad desertaban los hogares de la patria huyendo de los pontones, la *crujia* y el degüello; medios singulares de propaganda con que Rosas trataba de hacer *simpático* su famoso *sistema americano*.

Por eso toda una jeneracion briosa, juvenil, inteligente desfilaba entristecida hácia las playas extranjeras; y Alsina, Frias, Alberdi, Tejedor, Gutierrez, Lopez eran soldados de la idea que con la pluma ó la espada combatian al déspota desde el destierro.

*
* *

Resuelto á emigrar, en 1840, Mármol se dirige presuroso á Montevideo: ¿qué iba á ser de él en aquella ciudad, destituido de recursos en medio de un pueblo entregado completamente á las resistencias contra la dictadura argentina?

Sin profesion ni oficio de que vivir, tuvo que acer-

carse á los emigrados que le habian precedido y buscar en ellos la proteccion que necesitaba.

Era tal la estrechez en que vivía que casi no concurre al certámen poético de Mayo, en 1841, por carecer de vestido conveniente y propio de tan atildada ceremonia.

Sabida esta circunstancia por varios compañeros, se consiguió reunir seis onzas de oro que le fueron discretamente ofrecidas, y pudo así presentarse en la fiesta y recojer los elojios tributados á la hermosa poesía que se leyera en la justa literaria.

La corona del triunfo fué discernida al eminente poeta y crítico Juan María Gutierrez; pero la obra de Mármol arrancó tambien aplausos calurosos, y mui capaces de poner la simiente de los celos en el laurel de su amigo, si este pudiera tenerlos de aquel muchacho, que miraba como una esperanza llena de promesas para la literatura de su patria.

Este cuasi triunfo de Mármol, le hizo avanzar muchos grados en la opinion del pueblo, y se abrieron desde ese dia horizontes mas límpidos para su porvenir.

Las observaciones del jurado, presidido por el doctor Florencio Varela, las acojió relijiosamente, y fiándose menos en su entusiasmo y fértil vena, se dedica á cultivar el arte de la poesía; mas no en los estrechos senderos de Martinez de la Rosa y otros pálidos versificadores que señalan menguados ámbitos para la imaginacion, y en cuyos círculos languidece y mar-

chita el mas lozano pensamiento; se agosta y enerva la intelijencia mas gallarda.

Byron era su modelo desde entonces, y Florencio Varela su mentor; si bien no pudo este lisonjearse de haber moderado siempre aquel impetuoso raudal, que tan fácilmente desbordaba.

Las reglas, las formas, el jenio debe darlas y no enredarse en ellas, decía Mármol; y el atrevimiento de sus concepciones, el vuelo impetuoso de sus ideas trazaba nuevas líneas sobre los pesados contornos del arte clásico: vibraban en su lira las armonías de una alma sensible á los encantos de la naturaleza, en cuyo centro había colocado la forma ideal de la mujer engalanada con los dones de su fantasía.

Mármol atesoraba un corazon sensible, dispuesto para las pasiones del mundo. Así, amó y fué amado con vehemencia: muchas de sus composiciones revelan intimamente la vida del poeta; sus sueños, sus dolores, sus alegrías; por que todo lo ha cantado; y semejante á un trovador antiguo, las congojas de su pecho las confiaba á su laud.

*
* *

La libertad y el tirano de la patria eran tema constante de los escritos de Mármol. Varias de sus poesías y la preciosa novela de costumbres argentinas, *Amalia*, estan consagradas á combatir el sistema político y la persona del dictador.

Amalia es un romance que por su plan corresponde á la escuela francesa, y por su objeto es mas que

libro de costumbres, una obra de crítica social destinada al exámen de un período extraordinario en la civilización del Plata.

Mármol escribió dos dramas *El Poeta* y *El Cruzado*. De bastante mérito el primero se representó varias veces: el segundo, excelente por la belleza literaria, carece de interés por lo exótico del asunto.

Publicó en 1843 el *Canto á Rosas*, que se estima como la mejor de sus poesías líricas: si se juzga por la estructura, no es merecedora de tan elevado concepto, pero si se atiende á las ideas, hay que reconocer que pocas veces se han emitido con tanta felicidad, pensamientos mas nobles, ni pintado con pinceladas mas vigorosas la siniestra figura de aquel tirano.

El peregrino, poema descriptivo y drama en que el mismo poeta es protagonista, bella imitación del *Child Harold*, fué pensado, y escrita su mayor parte, en el viaje que emprendiera su autor, del Janeiro á Chile, á bordo del buque *Rumania*, que no consiguió doblar el cabo; viéndose obligado por los temporales á regresar al punto de salida.

No queriendo renovar tan peligrosa aventura, deja las comodidades que le ofrecia su huésped en la corte imperial, y pasa nuevamente á Montevideo, sitiada á la sazón por las tropas de Oribe: allí presentó á sus amigos, los *Cantos del Peregrino*, mereciendo que el doctor Varela le dedicara en las columnas del *Comercio del Plata* un juicio crítico que estableció decididamente la reputación del jóven poeta.

El jeneral Pacheco y Obes nombrado jefe de la

plaza en 1846, llamó á Mármol á su lado en la categoria de secretario. Desde aquella fecha se dedica por completo á la literatura y á la propaganda politica contra Rosas, empezando á escribir la *Amalia*, de que publicó una parte, terminándola en Buenos Aires despues de la caida del tirano.

La batalla de Caseros abrió las puertas de la patria á todos los emigrados arjentinos, y Mármol volvió á ella conducido por la mano victoriosa del jeneral Urquiza.

En el destierro contrajo matrimonio con la señorita de Vidal, y esta, que falleció á poco de su venida, le acompañaba al regreso.

Llega á Buenos Aires apenas derrocada la tiranía, y en marzo de 1852 se le nombra encargado de negocios cerca de los gobiernos de Chile y Bolivia, mision que sus propios asuntos no le permiten cumplir.

Poco despues era electo miembro del senado de la provincia, donde con Nicolás Calvo, distinguido publicista y tribuno, llevaban la oposicion al gobierno de Obligado. Convencional en 1860, asiste á los debates de la reforma de la constitucion entre los primeros oradores del país, y descuella por la brillantez de su lenguaje, por la oportunidad de sus réplicas y la profunda conviccion de sus ideas políticas.

Denunciado el pacto de noviembre, por las autoridades de Buenos Aires, y rotas las relaciones con el gobierno del Paraná, Mármol se embarcaba el 16 de julio de 1861 en el carácter de ministro confidencial, con el objeto de explorar las opiniones del gabinete

brasileño, para el caso eventual de que la provincia llevara adelante su propósito de declararse Estado independiente.

La victoria de Pavon hizo inútiles los trabajos diplomáticos del enviado porteño, y regresó á la capital para entrar inmediatamente como representante de su provincia en el parlamento arjentino.

A fines de 1863 volvió al Janeiro como enviado extraordinario, con el propósito de arreglar la cuestion de límites, retirándose á los seis meses sin haber conseguido el resultado que se buscaba.

Poco despues obtenía la direccion de la biblioteca pública, empleo que con la diputacion al congreso, conservó hasta el fin de sus dias.

Mármol se casó en esta ciudad en segundas nupcias, con la señorita Amalia Rubio, á quien perdió *de fiebre amarilla*, y á la que se supone consagrada la novela de ese nombre.

Falto de vista en los últimos años de su vida: ciego como Milton y Homero, agobiado por una melancolía inveterada se reconcentra el poeta en la rejion ideal de los recuerdos.

*
* *

Como escritor son variados y numerosos los trabajos que le pertenecen. En 1835 y 36 estando de paseo en la vecina capital, colaboró en *El Estandarte*, redactado por Laserre. En 1842 publicó allí mismo *El Album*. En 1844 viviendo en el Janeiro, escribía

notables artículos de colaboración en el *Ostensor Brasileiro*. Dió á luz también, en esa corte, la hoja suelta titulada, *El Puñal*, predicando que era acción santa matar á Rosas; y sobre cuyo tema escribió por el mismo tiempo Rivera Indarte, y fué motivo de discusión entre ambos, la prioridad de la idea.

Estando ya establecido en Montevideo, publicó en 1847 y 48, *El Conservador*, papel político de circunstancias; y en 1851 y 52 *La Semana*, periódico literario que cesó por la vuelta de Mármol al seno de la patria.

Además de sus *Armonías y Dramas*, editados en 3 tomos, y de la *Amalia* en 8 volúmenes, publicó la monografía de *Manuela Rosas*; varios folletos políticos y entre estos el titulado, *Navegación de los afluentes del Plata*, que corre anónimo. En 1852 redactó *El Paraná*, y en 1855 *El Uruguay*, hojas de actualidad, de no larga duración pero de gran significado en esos momentos.

Mármol considerado como el más popular de los poetas sud-americanos, tiene entre nosotros una especie de culto. No hay cabeza de 20 años que no lea mil veces sus poesías amorosas; y comparte juntamente con Espronceda el dominio de la juventud.

El medio en que se formara no le permitió completar su educación literaria, ni elevarse demasiado para no depender en sus concepciones de las obras ajenas. No siempre original, pero siempre interesante, derramaba una prodijiosa lozanía en todas las producciones de su pluma. Su prosa en ocasiones afectada, es

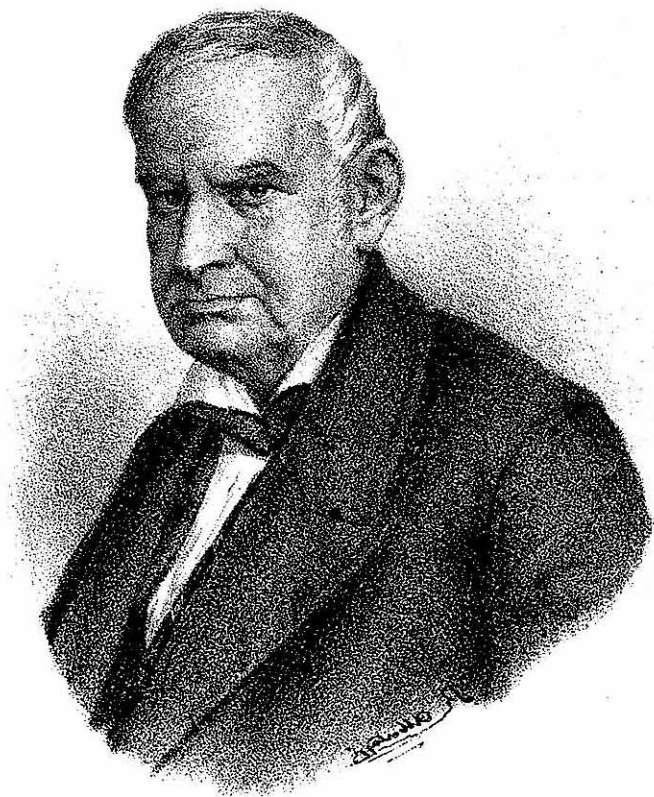
correcta, llena de imágenes y poblada de esos prestigios que son del dominio de los que cultivan el arte de la palabra, descuidando muchas veces la propiedad de las locuciones y la solidez del raciocinio.

Así pues: Mármol está juzgado como poeta lírico de primer orden; buen novelista; escritor público, inteligente y patriota, y también tribuno elocuente, de palabra fácil y de dición castiza. En resumen, es una de las glorias de la literatura nacional, y el conjunto de sus producciones forma un legado de inestimable valor para la historia de las letras argentinas.

Sin embargo, como lejislador no ha fundado nada importante; como diplomático no ligó su nombre á ningun pacto notable, y como bibliotecario, su accion no se perpetúa en ninguna útil reforma.

Han escrito en elogio suyo, Echeverria, Varela, Alberdi, Guido, Gutierrez, Dominguez, Mitre, Rivera Indarte, Torres Caicedo y muchos otros literatos de América y Europa.

P,



Cristiano J.^o Editor Buenos Aires

Vicente Lopez &
Co.

VICENTE LOPEZ Y PLANES



Bautizado por los peligros en la religion de la gloria, la gloria estará siempre desvelada sobre su tumba.

J. M. G.

AL DOCTOR D. JUAN M. GUTIERREZ.

Ardua, mui ardua es la empresa que acometemos estudiando, por mas brevemente que sea, la vida del inspiradó poeta y ciudadano distinguido, cuyo perfil se coloca el primero en la portada de esta GALERÍA.

D. Vicente Lopez y Planes, hijo de D. Domingo Lopez, asturiano, y de D^a Catalina Planes, porteña, nació en la ciudad de Buenos Aires el 3 de mayo de 1785, recibiendo del cielo las dotes mas cumplidas para el cultivo de las letras, las ciencias y todos aquellos ejercicios del espíritu, que tanto debian señalarle en el concepto de sus contemporáneos.

A las naturales disposiciones que los libros y su propia observacion desarrollaron en él, reunía Lopez la entereza varonil del hombre dispuesto para las nobles hazañas.

Nacido en una colonia en donde la libertad era apenas una esperanza en los devaneos de la razon emancipada ;

entregado á la contemplacion platónica de los sistemas filosóficos; sin otras luchas que las controversias teológicas del claustro, y sin vocacion por la vida del criollo sibarita, la existencia del jóven Lopez se deslizaba sin estímulos, en la mansa corriente impresa por la corona de España á sus vastos dominios de América.

Así lo vemos, niño aun, estudiando filosofía en union de D. Bernardino Rivadavia y otros jóvenes porteños, en el curso que de esta materia dictara el doctor D. Valentin Gomez, por los años de 1799 á 1801.

En las dos invasiones inglesas que tuvieron lugar en Buenos Aires en 1806 y 7, D. Vicente Lopez con el grado de capitán de patricios, y al frente de su compañía, fué uno de los que mas se distinguieron. En aquellas jornadas donde el heroismo de los nativos dejó asombrados á los valientes veteranos de Albion, Lopez se mostró digno y esforzado; y fueron aquellos rasgos de marcial denuedo que contempló, una especie de revelacion de su porvenir, y de los futuros destinos de la patria.

Pasadas las fatigas de la defensa, dá vado al entusiasmo que le domina, y cambiando la lira por la espada canta *el triunfo argentino*, en aquellos memorables combates.

En épico romance, con el estro numeroso del bardo cantor de Trafalgar, eterniza la gloria de su pueblo, y se coloca entre los buenos poetas de la nacion cuya frente corona mas tarde, con inmarcesibles lauros.

Vicente Lopez como toda la juventud arjentina de su tiempo, se apercibe en el secreto de los conciliábulos para la revolucion; empero, en la senda de sus estudios

le es preciso pasar á la universidad de Chuquisaca, en el Alto Perú, donde las insignias de maestro en leyes le fueron colocadas sobre el uniforme de capitán de patrios que vestía, regresando á Buenos Aires con su diploma refrendado en el primer establecimiento científico del vireinato.

La revolucion de Mayo se produce al fin; Lopez es uno de sus campeones, y, colaborador decidido, marcha á campaña con las primeras huestes patriotas, que se destacan por la Junta para expedicionar al Interior, propagando ideas liberales, desde las riberas del Plata hasta las márgenes del Desaguadero.

Desde ese momento se entrega por completo al servicio del país; su accion se reparte, durante varios años, entre el afan militar en distintos rangos y comisiones, y sus empleos civiles; revelando siempre su intelijencia característica y la espartana austeridad de sus costumbres.

Enrolado en el partido democrático que apareciera en la escena á principios de 1811, fué mas tarde, cuando la *Sociedad Patriótica* se confundió con la *Lojia de Lautaro*, uno de sus miembros influyentes. Ligado con San Martin, Alvear y Monteagudo en sus relaciones políticas, y unido á D. Valentin Gomez y frai Cayetano Rodriguez por la naturaleza de sus estudios filosóficos y literarios, D. Vicente Lopez se hallaba asociado en todos los centros donde la idea de la independenciam era motivo de preocupacion, ó un tema para sus meditaciones. Él estudiaba subjetiva y positivamente la marcha de la revolucion; consolidábala en su mente; hacíala triunfar

en los delirios poéticos del númen; y como si la musa querida de los hijos del sol encendiera la antorcha de su genio, Lopez soñaba la inmortalidad para su lira, al mismo tiempo que, hombre práctico, veía la brecha desmantelada y la causa de la emancipacion comprometida por el error, la intriga y las ambiciones.

Despues de los sacudimientos mas ó menos enérgicos que ajitaron la marcha del gobierno revolucionario, llegó el día fastuoso en que reunidos los representantes de las provincias, instalaron la Soberana Asamblea de 1813.

Fué elegido entonces el Dr. Lopez con D. Valentin Gomez, D. Hipólito Vieytes y D. Julian Perez, para representar la provincia de Buenos Aires.

En el progreso de sus sesiones, este cuerpo deliberante, encargó á varios de sus miembros y entre ellos á frai Cayetano Rodriguez, poeta dulcísimo, la composicion de un himno guerrero destinado á celebrar los triunfos de la revolucion. Estaba á punto de adoptarse el trábajo presentado por el vate seráfico, cuando llegó á la Asamblea el rumor popular que aplaudía unas estrofas compuestas por el diputado Lopez. Ese pueblo de las plazas que hiciera la revolucion de Mayo, sabía ya de memoria y recitaba con entusiasmo aquel sublime esfuerzo de la inspiracion: aquel inmenso grito del patriotismo enseñando al mundo las trozadas cadenas de la servidumbre; al leon de Castilla rendido, y las palmas de la victoria sobre la frente juvenil de la *nueva y gloriosa nacion*.

La Asamblea se constituyó en intérprete de aquella espléndida epopeya del valor arjentino; y la obra in-

mortal del doctor Lopez quedó aclamada, *Cancion Nacional*.

La existencia de la Asamblea fué fugaz, y con ella se hundió la política personal del directorio. La revolucion de abril de 1815, produjo aquella caída; y la subsiguiente del año 16, llevó á las rejiones del poder al jeneral D. Antonio G. Balcarce, con el título de director interino del Estado.

El nuevo electo que conocía las aptitudes y el patriotismo de Lopez, lo nombra su secretario; y el jeneral Pueyrredon, que por el voto del Congreso de Tucuman se recibió del Directorio en 29 de julio inmediato, al organizar definitivamente su ministerio, le encarga tambien de la cartera de gobierno y contribuye á establecer sobre bases un tanto seguras, la intermitente accion de los poderes públicos.

Sin embargo, antes de concluir un año, y en el mes de marzo de 1817, renunció aquel destino para aceptar la diputacion de su provincia, que lo nombrara representante al congreso.

Este cuerpo constituyente que se trasladó á Buenos Aires despues de proclamar la independencía el 9 de julio de 1816, en la ciudad de San Miguel de Tucuman, gobernado en la capital por pasiones é intereses que menoscababan su libre accion, tuvo que disolverse luego de haber visto insurreccionados los ejércitos de la patria, y vencedora la montonera de los caudillos que hicieron piafar sus potros indomados en la misma plaza de la Victoria.

Rotos los vínculos nacionales, Rivadavia es llamado al

ministerio por el jeneral Martin Rodriguez, que obtiene los sufragios para gobernador de la provincia.

Por decreto de 8 de febrero de 1822, el Dr. Lopez queda nombrado catedrático de economía política en la universidad de Buenos Aires, empleo á que no puede concurrir por que su tiempo era absorbido, casi exclusivamente, en la preparacion de los materiales del réjistro estadístico, que debía empezarse á publicar bien pronto y que durara hasta 1825.

La academia de medicina que se fundó en marzo de 1822, quiso solemnizar el 25 de mayo de aquel año, con un banquete, que presidiera el ministro Rivadavia, y en el que figuraba tambien entre los convidados, el doctor Lopez.

Muchos y felices brindis se pronunciaron en aquella fiesta patriótica, y el Dr. Lopez fué coronado de aplausos cuando, empinada la copa y radiante la pupila, dijo: « Por el gran dia en que ascendió sobre el horizonte del mundo político, la brillante constelacion del Rio de la Plata. »

Los esfuerzos que hacía Buenos Aires desde 1821 para reunir un congreso, le contaron siempre por colaborador: él no era ni federal ni unitario; y su papel conspícuo de autor del himno nacional, le prescribía la imparcialidad mas acendrada, y para honor de su nombre supo siempre mantenerse en el perfecto equilibrio que le trazaba su propia gloria.

Imposibilitado para gobernar D. Bernardino Rivadavia que habia obtenido la presidencia constitucional de la República, en un pais que no quería ser unitario,

renuncia las altas funciones de aquella magistratura, y el Dr. Vicente Lopez es designado por el congreso, para reemplazarle interinamente, en 5 de julio de 1827.

Pero la resistencia que oponían los pueblos á la constitucion unitaria no era cuestion de personas. Los cabildos organizados en provincias no querian perder su autonomía, y de ahí que la constitucion del año 26 como su jemela del año 19, fueran solo un elemento de disolucion y el jérmen mas fecundo de la anarquía.

La impotencia de la autoridad nacional llega á su colmo, y la provincia de Buenos Aires reorganiza de nuevo su gobierno propio nombrando al coronel Dorrego, figura espectable y el ídolo del partido federal.

Dorrego, á su vez, designa al Dr. Lopez para su ministro, bien penetrado de la sabiduría, la independenciam y acrisolada rectitud de sus consejos.

No le seguiremos mas que hasta aquí en su carrera de servicios y honores recibidos. Su vida entera estuvo consagrada al bien, á la enseñanza, á los negocios públicos. Todas las virtudes tenían asiento en su alma cristiana y resignada: varon de índole suave y jenerosa, fué querido de todos y de todos respetado. Jamás se le conocieron enemigos al Dr. Lopez; y en muchos corazones, al remover las cenizas de otro tiempo, hemos encontrado altares erijidos á su memoria; piras donde el fuego de los recuerdos aun no se ha estinguido.

Despues de la sombría dictadura que paseara sus alas de plomo sobre el recinto de la patria, aparece fulgurante la luz de la libertad.

Rosas ha caído. Las miradas del vencedor se fijan

sobre la única persona que ofrece garantías al orden, á la propiedad y á la vida en medio del caos producido por un sistema que se hunde con todos sus bastardos elementos de sangre y de oprobio.

D. Vicente Lopez es nombrado gobernador provisorio de Buenos Aires, el 4 de febrero de 1852, hasta tanto se reunía la legislatura de la provincia.

En ese carácter concurre en 31 de mayo, al acuerdo de gobernadores congregados en San Nicolás de los Arroyos, y contribuye á echar los fundamentos de la constitucion federal argentina.

Los sucesos que se producen, por las resistencias creadas en Buenos Aires contra aquel pacto de union, lo alejan entristecido de sus lares amados; pero, regresa poco despues, cuando se han serenado las pasiones y muere en paz el 10 de octubre de 1856. Sus restos son conducidos al cementerio de la Recoleta el domingo 11, aniversario feliz del día en que el continente de América se reveló á las atónitas miradas de su *segundo padre*, segun la bella espresion del poeta. Sobre su tumba se dijeron, por varios señores, sentidas y elocuentes frases; pronunciándose por el Dr. Gutierrez, su discípulo y su amigo, una de las inspiraciones mas patéticas con que puede arrullarse el último sueño de un grande hombre.

Buenos Aires, 3 de mayo 1877.

P.
